

daban casas y destruían familias. Mi amigo Montoria declarábame á cada momento su inquietud, no por el estrago de las bombas, sino por el temor de que en la casa de su novia Mariquita hubiese ocurrido algún desastre. Á todo trance quería llevarme hacia la Torre Nueva; pero yo con firme tenacidad me resistía, por no abandonar nuestras obligaciones.

Íbamos por el Coso, serían las nueve de la noche, cuando se nos presentó Pirli con su hábito de fraile ya en mil partes agujereado, y el morrión francés tan lleno de abolladuras y desperfectos en el pelo, que el héroe portador de tan grandes prendas más que soldado parecía una figura de Carnaval.

«¿Van ustedes al acarreo de heridos? — nos dijo. — Ahora se nos murieron dos que llevábamos á San Pablo. Allá quieren gente para abrir la zanja en que van á enterrar los muertos de ayer; pero yo he trabajado bastante, y voy á descabezar un sueño en casa de Manuela Sancho... Dicen que los muchos difuntos envenenan el aire, y que por eso hay tanta gente con calenturas, las cuales despachan para el otro barrio más pronto que las heridas. Al paso que vamos, pronto seremos más los muertos que los vivos. ¿Queréis divertiros? Pues no vayáis á abrir la zanja, sino á la cartuchería, ¡donde hay unas mozas...!»

VIII

Sentimos detras de nosotros pasos precipitados, y al volvernos vimos mucha gente, entre cuyas voces reconocimos la de D. José de Montoria, el cual muy encolerizado nos dijo:

«¿Qué hacéis, porra? ¿Tres hombres sanos y rollizos se están aquí mano sobre mano, cuando hace tanta falta gente para el trabajo? Vamos, largo de aquí. Ade-

lante, caballericos. ¿Veis aquellos dos palos que hay junto á la subida del Trenque, con una viga cruzada encima, de la que penden seis dogales? ¿Veis la horea que se ha puesto esta tarde para los traidores? Pues es también para los holgazanes. Á trabajar, ó á puñetazos os enseñaré á mover el cuerpo.»

Seguimos con ellos. Montoria, cogiéndonos del brazo á su hijo y á mí, nos ordenó que fuésemos á trabajar en la zanja para enterrar muertos. Un señor de los que iban con él indicó que era más apremiante atender al socorro de los enfermos de la desastrosa epidemia, á lo cual dijo el gran Montoria:

«Yo no sé qué pensar de esto que llaman epidemia los facultativos, y que yo llamo miedo, señores, puro miedo, porque eso de quedarse uno frio, y entrarle calambres y calentura, y ponerse verde y morirse, ¿qué es sino efecto del miedo? Ya se acabó la gente templada, ¡porra! ¡Qué gente aquella la del primer sitio! Ahora, en cuanto hacen fuego nutrido y lo reciben por espacio de diez horas ¡una friolera!, ya se caen de fatiga y dicen que no pueden más. Hay hombre que sólo por perder media pierna se acobarda, y empieza á llamar á gritos á los Santos Mártires, diciendo que lo lleven á la cama... ¡Cuando digo que se acabó la gente de pelo en pecho, aquella gente, ¡porra, mil porras!...»

En esto, un horroroso estrépito señaló estallido de bomba en las inmediaciones de la Torre Nueva. Íbamos por junto á la Escuela Pía. Agustín, movido sin duda por un fuerte estímulo de su corazón, quiso escapar furtivamente hacia la plaza de San Felipe, siguiendo á los muchos que corrían en tal dirección; pero detenido con fuerte puño por su padre, continuó mal de su grado en nuestra compañía. Algo ardía indudablemente cerca de la Torre Nueva, y en ésta los pre-

ciosos arabescos y las facetas de los ladrillos brillaron enrojecidos por la cercana llama. Aquel monumento elegante, aunque cojo, descollaba en la negra noche vestido de púrpura, y al mismo tiempo su colosal campana lanzaba al aire prolongados lamentos.

Llegamos á San Pablo, y emprendimos el trabajo sacando tierra de la zanja que se abría en el patio de la iglesia. Agustín cavaba como yo, y á cada instante volvía sus ojos á la Torre Nueva.

«Es un incendio terrible — me dijo. — Mira, parece el cráter de un volcán. Gabriel, yo quiero arrojarme en esta gran fosa que estamos abriendo.

— No haya prisa — le respondí, — que tal vez mañana nos echen en ella sin que lo pidamos. Conque fuera tonterías, y á trabajar.»

Cuando se creyó que la zanja era bastante profunda, empezó la traída de cadáveres depositados en la iglesia. Uno á uno fueron arrojados en su gran sepultura, mientras algunos clérigos, de rodillas y rodeados de mujeres piadosas, recitaban lúgubres responsos. Cayeron dentro todos, y no faltaba sino echar la tierra encima. Don José Montoria, con la cabeza descubierta y rezando en voz alta un Padrenuestro, echó el primer puñado, y luego nuestras palas y azadas cubrieron á toda prisa la tumba. Concluida esta operación, todos nos pusimos de rodillas y rezamos en voz baja. Agustín Montoria me dijo al oído: «En cuanto mi padre se retire, nos iremos allá.» Así fué. Del patio de San Pablo salimos ya muy avanzada la noche, porque la inhumación que acabo de referir duró más de tres horas. Pronto llegamos á la plazuela de San Felipe. Como la luz del incendio ya se había extinguido, la Torre Nueva, desnuda ya de su traje de púrpura, se nos apareció vestida de obscuridad. Se me antojó que era menor su inclinación, y que moviendo el capacete nos decía:

Me inclino por diversión: pasad sin miedo, que no me caigo.

Apenas llegamos á la plazuela, vimos que el incendio era en la calle del Temple: aun humeaba el techo. En la casa de D. Jerónimo nada había ocurrido: la calle estaba poco menos que desierta. Mi amigo solía tener sus entrevistas con la doncellita de Candiola en plena noche, protegido por la vieja Guedita, que mediante *conquibus* le franqueaba la entrada de un patio separado de la calle por tapia de ladrillo. Como aquella noche era de las presupuestas en el programa del noviazgo, bastó que Agustín hiciera la señal convenida y discretamente usada en anteriores noches para que la dueña, ya prevenida y estimulada de su maternal ternura, nos diese paso. Entramos quedamente, como ladrones, y ladrones éramos de la confianza del perverso Candiola, que á tal hora roncaba en el alto aposento, y á los primeros pasos nos encontramos á la niña, hada ó angélica protagonista del cuento rosado de Agustín Montoria.

En el centro del patio se alzaba un alto y picudo ciprés; á un lado y otro diversos arbustos sin hoja, y matas rastreras. En el fondo se veía la casa, que á la luz de la luna menguante me pareció vulgarísima y pobre. Una escalera de piedra daba acceso á una galería baja. En la escalera me senté yo, y á la galería subieron los novios y la señora Guedita para resguardarse un poco del frío y relente de la noche. No necesitó decirnos que la charla de mi amigo y la Candiolita fué de una inocencia seráfica, como á sus almas adornadas de pureza correspondía. Sin mi presencia y la de la vieja habría sido lo mismo. ¿De qué hablaron? Recuerdo menos estos tiernos pormenores que las asperezas trágicas del Sitio... Creo no equivocarme diciéndoos que uno y otro lamentaron con palabras y

con suspiros la rivalidad irreductible entre los padres D. José y D. Jerónimo, agravada por la violencia con que Montoria arrebató al avaro los costales de harina... Nueva emisión de suspiros sirvióles para expresar la dificultad de llegar al santo matrimonio. ¿Qué harían



para vencer tan formidables obstáculos? Con toda su fe, casi dudaban de que arreglarlo pudiera la Virgen del Pilar... Oí que Guedita, con una voz de corneja constipada, le decía que no desconfiasen de la Santísima Patrona de la ciudad...

Toda la conversación giró en derredor de este capital tema. Cuando ya nos retirába-

mos, obedientes á la orden de la guardiana, oí las últimas protestas amorosas. Al aproximarnos á la puerta, desde donde se distinguía la Torre Nueva, sobresaliendo de los tejados vecinos, los inocentes novios, un tantico apartados de Guedita y de un servidor, repitieron con solemne frase la fórmula de juramento que sellaba su acendrada fidelidad: «*Cuando esa torre se ponga derecha dejaré de quererte*»... Adiós, adiós, cuentecillo de hadas... En el momento de salir á la calle la campana de la torre cantó: «¡bomba!»

Y ahora viene mi cuento de los terribles lances de guerra que inmortalizaron el barrio de las Tenerías, más propiamente de San Agustín. Oid antes una breve descripción de aquellos lugares épicos.

La barriada de las Tenerías se extiende al Oriente de la ciudad, entre la Huerva y el recinto antiguo, perfectamente deslindado aún por el Coso. Componían el caserío, á principios del siglo, edículos endebles, habitados por labriegos y curtidores, y las construcciones religiosas no tenían allí la suntuosidad de otros monumentos de Zaragoza. Sus principales calles eran las de Palomar y San Agustín. Con éstas se enlazaban, sin plan ni simetría, las de Alcober, las Arcadas, la Diezma, Barrio Verde, Ollerta, Pabostre, etc... Algunas de estas calles se hallaban determinadas, no por hileras de casas, sino por largos tapiales, y á veces faltaban una cosa y otra; las calles se resolvían en informes plazuelas, mejor dicho, corrales ó patios donde no había nada. El aspecto general de la barriada evocaba en la imaginación los tiempos arábigos. La profusión del ladrillo, los largos aleros, el ningún orden de las fachadas, las ventanuchas con celosías, la completa anarquía arquitectural, el no saberse dónde acababa una casa y empezaba otra; la imposibilidad de distinguir si el tejado de aquélla servía de apoyo á las paredes de las de más allá; las calles que á lo mejor acababan en un corral sin salida, los arcos que daban entrada á una plazuela, todo era del estilo cordobés ó toledano.

Pues bien: esta amalgama de casuchos fabricados por generaciones de labradores y yeseros, según el capricho de cada uno y sin orden ni armonía, estaba preparada para la defensa en los días 24 y 25 de enero, una vez que se advirtió la gran pompa de fuerzas ofensivas que desplegó el francés por aquella parte. Y he de advertir que todas las familias habitadoras de las

casas del barrio procedían á ejecutar obras según su propio instinto estratégico, y allí había ingenieros militares con faldas que dieron muestras de un profundo saber de guerra tabicando huecos ó abriendo otros al fuego y á la luz. Los muros de Levante estaban en toda su extensión aspillerados.

Muchos pasos fueron obstruidos, y los dos edificios religiosos, Agustinos Observantes y Mónicas, eran verdaderas fortalezas. La tapia había sido reedificada y reforzada; las baterías se enlazaban unas con otras; nuestros ingenieros habían calculado hábilmente las posiciones y el alcance de las obras enemigas para acomodar á ellas las defensivas. Dos puntos avanzados tenía la línea, y eran el Molino de Goicoechea y una casa que ha quedado en la Historia con el nombre de *Casa de González*. Recorriendo dicha línea desde Puerta Quemada, se encontraba primero la batería de Palafox; luego el Molino de la ciudad; luego las Eras de San Agustín; en seguida el Molino de Goicoechea; después la tapia de la huerta de las Mónicas, y á continuación las de San Agustín; más adelante una gran batería y la casa de González. Dentro de estas ringleras de ladrillos frágiles, poned, amados niños, toda la fuerza anímica que podáis imaginar.

IX

Cantemos la epopeya de Tenerías.

Mientras los morteros franceses arrojaban bombas al centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon bala rasa contra la débil tapia de las Mónicas, y sobre las fortificaciones de tierra y ladrillo del Molino de aceite y de la batería de Palafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el Molino de Goicoechea, que

tomaron el día anterior, después de incendiado y abandonado por los nuestros.

Pasaron largas horas: apuraron los franceses los recursos de su Artillería por ver si nos aterraban, obligándonos á dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla diciéndoles que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y la de la derecha avanzaron fuertes columnas sostenidas por otras á retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse á todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos que defendían algunos centenares de locos.

No se diga, para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba á pecho descubierto; los defensores también lo hacían, y detrás de la desbaratada cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban los feroces guerreros y cómo las bayonetas se cebaban con saña, más propia de fieras que de hombres, en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar.

Por nuestra parte, el número de bajas era enorme. Lo natural, lo humano habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desarrollando en sus inconmensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe adónde llega.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente

poderosas trataban de apoderarse de la Casa de González, que he mencionado arriba; pero desde lugares próximos se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento.

Desde una casa inmediata al Molino de la Ciudad hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando he aquí que las baterías francesas de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron sus cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban; que las vigas crujían como cuadernas de un buque conmovido por las tempestades; que las maderas de los tapias estallaban destrozándose en mil astillas.

«¡Cuerno, recuerno!— clamó el tío Garcés.—¡Que se nos viene la casa encima!»

El humo y el polvo no nos permitían ver lo que pasaba fuera, ni tampoco lo que dentro ocurría.

«Agustín, Agustín, ¿dónde estás?» — grité yo llamando á mi amigo.

Pero Agustín no parecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir ni escalera para bajar, corrí á la ventana para arrojarme fuera, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos obligóme á retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de la batería de San José intentaban por la derecha sepultarnos entre los escombros de la casa, y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hacia las eras de San Agustín, la Infantería francesa había logrado penetrar por las brechas, rematando á los infelices que ya apenas eran hombres. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Apartéme de la ventana despavorido, medio loco. Un trozo de pared estalló, reventó, desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura

de un triángulo isósceles: el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo; los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hacia el interior siguiendo á otros que decían: «¡Por aquí, por aquí!»

«Agustín, Agustín», grité de nuevo llamando á mi amigo.

Por fin le vi entre los que corríamos pasando de una habitación á otra, y subiendo la escalerilla que á un desván conducía.

«¿Estás vivo? — le pregunté.

— No lo sé — me dijo, — ni me importa saberlo.»

En el desván rompimos fácilmente un tabique, y pasando á otra estancia, hallamos una empinada escalera; la bajamos, y nos vimos en un aposento chico. Unos siguieron adelante, buscando salida á la calle, y otros detuviéronse allí.

Ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebles, el interior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que daba una ventana abierta á la calle. Cubrían las paredes desiguales estampas de vírgenes y santos. Dos ó tres cofres viejos y forrados de piel de cabra ocupaban un testero. Veíase en otra ropa de mujer colgada de clavos y alcayatas. En la ventana había tres grandes tiestos con plantas; y parapetadas tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilarse el cañón entre los tiestos, y suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar al campo de batalla.

«Manuela Sancho—exclamé poniendo la mano sobre el hombro de la heroica mujer, — toda resistencia es inútil. Retirémonos.»

Pero no hacía caso, y seguía disparando. Al fin la

casa, tan endeble como su vecina, sufrió una espantable sacudida, cual si temblara la tierra en que arraigaban sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la otra mujer entraron precipitadamente en una inmediata alcoba, de cuyo oscuro recinto salían angustiosos lamentos. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban á una vieja tullida que en su delirio pavoroso quería arrojarse del lecho.

«Madre, esto no es nada — le dijo Manuela cubriéndola con lo primero que encontró á mano. — Vámonos á la calle, que la casa parece que se quiere caer.»

La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargando á ellas que llevaran nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo pasamos á un patio, que nos dió salida á otra calle, donde aun no había llegado el fuego.

Los franceses habíanse apoderado también de la batería de los Mártires, y en aquella misma tarde fueron dueños de las ruinas de Santa Engracia y del Convento de Trinitarios. ¿Se concibe que continúe la resistencia de una plaza después de perdido lo más importante de su circuito? No; no se concibe, ni en las previsiones del arte militar ha entrado nunca que, apoderado de la muralla el enemigo por la superioridad incontrastable de su fuerza material, ofrezcan las casas nuevas líneas de fortificaciones, improvisadas por la iniciativa de cada vecino.

Los generales de Napoleón se llevaban las manos á la cabeza, y decían: «Esto no se parece á nada de lo que hemos visto.» En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como éste: «Hemos entrado en Spandau; mañana estaremos en Berlín.» Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: «Después de dos días y dos noches de combate, hemos tomado

la casa núm. 1 de la calle de Pabostre. Ignoramos cuándo se podrá tomar la del núm. 2.»

Como los franceses no podían atravesar sin riesgo el espacio intermedio entre los restos de muralla y sus nuevos alojamientos, comenzaron á abrir una zanja en ziszás desde el Molino de la Ciudad á la casa que antes ocupáramos nosotros, la cual sólo conservaba la planta baja en buen estado para alojamiento.

Al punto comprendimos que, una vez dueños de aquella casa, procurarían, derribando tabiques, apoderarse de toda la manzana; y para evitarlo, la tropa disponible fué distribuída en guarniciones, que ocuparon todos los edificios donde había peligro. Al mismo tiempo se levantaban barricadas en las bocacalles, aprovechando los escombros. Nos pusimos á trabajar con ardor frenético en distintas faenas, entre las cuales la menos penosa era seguramente la de batirnos. Dentro de las casas arrojábamos por los balcones todos los muebles; afuera transportábamos heridos, ó arrimábamos los muertos al zócalo de los edificios, pues las únicas honras fúnebres que por entonces podían hacerseles consistían en quitarlos de donde estorbaran.

Quisieron también los franceses ganar á Santa Mónica, convento situado al fin de la calle de la Diezma; pero como sus paredes ofrecían mayor resistencia que las frágiles casas, dejaron la empresa para otro día. Posesionados tan sólo de algunos casuchos, en ellos permanecían á la caída de la tarde como en escondida madriguera, y ¡ay de aquel que la cabeza asomaba fuera de las ventanas!

Cuando anocheció, empezamos á abrir huecos en los tabiques para comunicar todas las casas de una misma manzana. Á pesar del incesante ruido del cañon y de la fusilería, en el interior de los edificios pudimos per-

cibir el golpear de las piquetas enemigas, ocupadas en igual tarea que nosotros.

Á las diez de la noche nos hallábamnos en una casa que debía ser inmediata á la de Manuela Sancho, cuando sentimos que por conductos desconocidos, por sótanos, pasillos ó subterráneas comunicaciones, llegaba á nuestros oídos el rumor de las voces del enemigo. Una mujer apareció azorada por una escalerilla, diciéndonos que los franceses estaban abriendo un boquete en la pared de la cuadra. Bajamos al instante; pero aun no estábamos todos en el patio frío, estrecho y obscuro, cuando á boca de jarro se nos disparó un tiro, y un compañero fué levemente herido en el hombro.

Á la escasa claridad percibimos varios bultos que sucesivamente se internaron en la cuadra, é hicimos fuego, avanzando después con brío tras ellos.

Al ruido de los tiros acudieron otros compañeros nuestros que habían quedado arriba, y penetramos denodadamente en la lóbrega pieza. Los enemigos no se detuvieron en ella, y á todo escape repasaron el agujero abierto en la pared medianera buscando refugio en su primitiva morada, desde la cual nos enviaron algunas balas. No estábamos completamente á oscuras, porque ellos tenían una hoguera, de cuyas llamas penetraban débiles rayos por la abertura, difundiendo rojiza claridad sobre el teatro de la horrenda lucha.

Yo no había visto nunca cosa semejante, ni jamás presencié combate alguno entre cuatro negras paredes, á la luz indecisa de una llama lejana, cuya oscilación proyectaba móviles sombras y espantajos en nuestro derredor.

Nos tiroteamos breve rato, y dos compañeros cayeron muertos ó mal heridos sobre el húmedo suelo. Á pesar de este desastre, hubo otros que quisieron llevar adelante aquella aventura, asaltando el agujero é

internándose en la guarida del enemigo; pero aunque éste había cesado de ofendernos, parecía prepararse para atacar mejor. De repente se apagó la hoguera y quedamos en completa oscuridad. Dimos repetidas



vueltas buscando la salida, y chocando unos con otros salimos en tropel al patio.

Tuvimos tiempo, sin embargo, para buscar á tientas

y recoger á los dos camaradas que habían caído durante la refriega, y luego que salimos, cerramos la puerta, tabicándola por dentro con piedras, escombros, vigas, toneles y cuanto en él patio se nos vino á las manos.

En esta inaudita refriega subterránea nos mandaba el incansable, el heroico y sublime baturro Tío Garcés.

X

Nuestro valeroso jefe ordenó que algunos hombres se repartieran en distintos puntos de la casa, dejando un par de escuchas en el patio para atender á los golpes de la zapa enemiga, y á mí me tocó salir fuera con Agustín para traer algo de comida, que á todos nos hacía mucha falta. El hambre mermaba rápidamente nuestras fuerzas, y apenas podíamos tenernos.

«¿En qué parte de la tierra ó del cielo — me dijo Agustín — encontraremos algo de condumio?»

— Esto tiene que acabarse pronto de una manera ó de otra — respondí. — Ó se rinde la ciudad, ó perecemos todos.»

Al fin, hacia las Piedras del Coso encontramos una cuadrilla de Administración que estaba repartiendo raciones, y ávidamente tomamos las nuestras, llevando á los compañeros todo lo que podíamos cargar. Recibieronlo con gran algarabía y cierta jovialidad impropia de las circunstancias; pero el soldado español es y ha sido siempre así. Mientras comían aquellos mendrugos tan duros como el guijarro, cundía la opinión unánime de que Zaragoza no podía ni debía rendirse nunca.

Era media noche cuando empezó á disminuir el fuego. Los franceses no conquistaban un palmo de terreno fuera de las casas que ocuparon por la tarde,

aunque tampoco se les pudo echar de sus alojamientos. Esta epopeya se les dejaba para los días sucesivos.

Después de alimentarnos con frugalidad que valdría para ganar el cielo, volvimos al Coso, donde vimos hormiguelo de gente que en distintas direcciones transitaba presurosa. De improviso, una mujer corrió velozmente hacia nosotros, y sin pronunciar palabra se abrazó á mis compañeros. Intensa emoción ahogaba la voz en su garganta. Llevaba el cabello suelto, y en sus brazos magullados observamos algunas quemaduras. Habréis comprendido que era la linda niña de Candiola, y que su desolación indicaba una reciente desdicha. Apenas tuvo aliento la pobre para explicarse, nos dijo que una bomba había reventado en su casa; cayeron seguidamente otras dos, y el incendio remató la destrucción. La humilde vivienda era un montón de ruinas. Todo lo habían perdido. Su padre no quería separarse de los escombros, bajo los cuales quedaban sepultados sus dineros, y papeles que acreditaban cuantiosas riquezas. Los vecinos, menos compasivos que rencorosos, le negaban auxilio. El pobre D. Jerónimo estaba loco de rabia y desesperación, y á Dios y á los santos injuriaba con horrorosas blasfemias.

Referido esto con acento y gemidos angustiosos, María pidió á su novio que le proporcionara pan que llevar á su padre; quería llevárselo ella misma, quería suavizar su pena sacándole del rimero de cascote y maderas que fueron su casa; pero Agustín, disponiéndolo de otro modo, dijo á la niña: «No, María de mi alma; no volverás allá. Te albergaremos en las casas de San Agustín, donde estamos nosotros. Gabriel irá en busca de tu padre, y llevándole algo de comer, de grado ó por fuerza le sacará de allí, para traerle á nuestro lado.»

Insistió la Candiolita en volver á las ruinas de su

casa; pero como apenas tenía fuerzas para moverse, la llevamos en brazos á una casa de la calle de Pabostre, donde estaba Manuela Sancho... Y yo corrí hacia la plaza de San Felipe. Vi arder por los cuatro costados el magno edificio de la Audiencia; vi otros cuadros siniestros y horribles; vi, en fin, la casa del mísero avariento, y á éste sentado en el lugar culminante de los escombros, los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos. De vez en cuando variaba de actitud para dar al viento sus quejas, y pedir á Dios y á los hombres un auxilio que no querían darle. No pedía nada que digamos el desdichado señor; no se contentaba con menos que con solicitar la suspensión de la defensa para que todos, paisanos y soldados, nos dedicásemos á desescombrarle la casa hasta exhumar el oro y la plata, los pagarés y demás papelorios que en aquella revuelta sepultura yacían. Cuando me adelanté hacia él, trepando con dificultad por los montones de cascote, y le ofrecí pan y cecina, mostróse más indignado que agradecido. Maldijo á las autoridades civiles y militares; maldijo el patriotismo, mantenedor de una defensa obstinada, que acabaría con vidas y haciendas; vomitó improperios y maldiciones contra su hija, á quien acusaba de haberle vendido á los Montorios; puso cual no digan dueñas á Guedita, que le llevó un jarro de mal vino y mendrugos de pan, y por fin, á mí me despidió con estas palabras descorteses: «¡Ea, vayáse noramala! ¿Qué tiene usted que hacer en mi casa? ¡Fuera de aquí! Ya sabemos que viene á ver si puede pescar alguna cosa. Aquí no hay nada. Todo se ha quemado.»

No había, pues, esperanza de llevarle á San Agustín para sosegar á la infeliz Mariquita, por lo cual, no pudiendo detenerme más, me volví adonde me llamaban mis obligaciones.

Dormí desde las tres hasta la aurora de un nuevo día de espanto y horrorosas luchas. Memorable fué por el ataque á Santa Mónica, que defendían los Voluntarios de Huesca. Durante el día anterior y gran parte de la noche, los franceses bombardearon el edificio. Abrieron al fin brecha, y penetrando en la huerta, quisieron apoderarse también del convento, olvidando que habían sido rechazados dos veces en los días anteriores. Pero Lannes, contrariado por la extraordinaria y nunca vista tenacidad de los zaragozanos, había mandado reducir á polvo las Mónicas, lo cual con morteros y obuses era más fácil que conquistarlas. Efectivamente, después de seis horas de fuego de Artillería, una gran parte del muro de Levante cayó al suelo, y allí era de ver el regocijo

